

Hagamos tabla rasa del futuro

JEAN DANIEL



EL MUNDO EXPERIMENTA tal aceleración de la historia, que está en trance de perder por completo la memoria. Ya no recuerda con qué explosión de regocijo y de alivio celebró la implosión del comunismo soviético y la desaparición de la guerra fría. Ya no tiene presente el consuelo con que saludó la liberación de los pueblos que padecían el terror totalitario. Nada le queda de las esperanzas que ponía en los efectos, en especial para el tercer mundo, del fin del antagonismo entre los bloques norteamericano y soviético.

Y, con todo, estos acontecimientos son recientes. Hace sólo cinco años que se desmoronaba el muro de Berlín (el 9 de noviembre de 1989) y que se pulverizaba, sin intervención exterior, el sistema soviético. Un sistema del cual hay que recordar, sobre todo en América Latina, misterio que no solamente pesaba sobre los que se llamaban "países del este", sino que había establecido una trama de alianzas que sirvieran de contrapeso a la influencia de los Estados Unidos mediante amotinamientos subversivos y establecimiento de organizaciones llamadas revolucionarias.

Recordemos, en efecto, que fue ese día —el día de la caída del muro de Berlín y de la reunificación de ambas Alemani— cuando Fidel Castro en Cuba y los diferentes movimientos revolucionarios de América Latina tuvieron la revelación de que eran abandonados a su suerte y, en suma, rechazados por la evolución histórica, sin haber sido vencidos en una guerra. Nunca se repetirá bastante: la civilización capitalista ha vencido rotundamente sin guerra, sin dar la menor batalla. Todo ocurrió como si un plebiscito a escala planetaria optase por la economía de mercado al mismo tiempo que por la democracia. Como si condenase no las luchas sindicales y los movimientos populares, no las correcciones del liberalismo desbocado o la socialdemocracia, sino los ideales colectivistas. Esto se vio ilustrado en los debates en las Naciones Unidas a propósito de la guerra del Golfo contra Irak, puesto que nadie se opuso a ello en el Consejo de Seguridad. China y Cuba se abstuvieron. Con excepción de algunos estados árabes, el tercer mundo se unió pura y sencillamente al Occidente.

Hoy ya no se trata de esto. El mundo se da cuenta de que, en conjunto, deseaba el fin del sistema comunista, pero nada había preparado para la era poscomunista. Se da cuenta de que ninguno de los problemas que el comunismo se proponía resolver, como la desigualdad, la explotación, la oposición entre norte y sur —ninguno de estos problemas se resolvía

por la desaparición del comunismo. No sólo sobreviven al comunismo estos problemas, sino que se han agravado: en efecto, el fin proclamado de las ideologías, lejos de desembocar en un nuevo orden internacional, ha suscitado por doquier el renacimiento crispado de los nacionalismos étnicos y religiosos.

El mundo es flaco de memoria, por la simple razón de que los apremios del presente le hacen casi siempre olvidar las desdichas del pasado. Aquí y allá se llega incluso a echar de menos el condominio soviético-norteamericano, el equilibrio bipolar, cierto orden doblemente imperial. En los países del este, liberados del comunismo y de la tutela soviética, tiende a ser olvidado el terror de los gulag para alarmarse ante el desempleo, la droga, la criminalidad y el desorden. En cuanto a los rusos mismos, abundan quienes extrañan los tiempos en que la Unión Soviética era una superpotencia cuyas opiniones, consejos y amenazas eran tomados en consideración. Se revuelcan en una nostalgia de poder para olvidar la vicisitudes de la libertad.

No traigo a cuento nada más los sentimientos populares. En efecto, tampoco faltan estrategias y diplomáticos que echen de menos no el comunismo como sistema, pero sí el imperio soviético como factor de orden. Así ocurre después de la caída de los imperios. Se vio después del Imperio romano, después del Sacro imperio romano-germánico, después del Imperio bizantino, después del Imperio otomano y después del Imperio austrohúngaro. ¿Saben ustedes que en Europa no pasa un mes sin que se publique una sabia obra que expresa la nostalgia de aquel imperio austrohúngaro? ¿Y que el mariscal Tito en persona, previendo al final de su vida el renacimiento del nacionalismo serbio al cual él, croata de origen, había puesto un hasta aquí, lamentaba no tener dinastía, herederos como el emperador Francisco José los tuvo en la gloriosa Viena austrohúngara?

En fin, en el capítulo de las penas, y por retornar al tercer mundo, hay que decir que cierto número de estados y de potencias, como la India, México, Egipto, Nigeria y la ex Yugoslavia, habían sabido sacar provecho del antagonismo este-oeste, aprendiendo el arte de negociar con los dos bloques, sin adherirse del todo ni a uno ni a otro. Esto empezó con los no alineados, que en un principio reunían al pandit Nehru de la India, el coronel Nasser de Egipto y el mariscal Tito de Yugoslavia. Se les había agregado el presidente N'Krumah de Ghana. Esto siguió adelante con la célebre conferencia de Bandung, que reunía los estados del tercer mun-

do y donde el chino Chou En-lai desempeñó un papel preponderante. Si la solidaridad entre los no alineados no resultó tan sólida como se lo prometían los participantes, cada nación había adoptado, hacia los Estados Unidos y la Unión Soviética, una actitud de independencia. El mejor ejemplo es el de Egipto, que no ha cesado de cambiar de alianza, de acuerdo con sus intereses.

Así fueron las cosas. El mundo no quería comunismo, pero el Occidente ha demostrado una pasmosa incapacidad para preparar el poscomunismo. Examinemos las causas principales de esta improvidencia. Hay que averiguar por qué se creyó hasta tal punto en la persistencia de los imperios.

Es evidente que nuestro siglo acaba de perder su bienestar intelectual. Hay que definir rigurosamente esto del bienestar, para no dar el efecto de desconocer los dramas y convulsiones de quienes vivieron hasta ahora en el universo cerrado del despotismo, de la arbitrariedad o, sencillamente, del absurdo. Hay bienestar intelectual, incluso en medio de los peores sufrimientos, en cuanto se dispone de un mínimo de certidumbres que procuran equilibrio al pensamiento, una clara visión del mundo, la adhesión a una estructura de sociedad, la apreciación de lo que el combate pone en juego.

El bienestar intelectual puede así darse en quienes viven dentro de una fe o en la negación militante de dicha fe. Puede darse tanto en revolucionarios como en conservadores, en quienes sustentan el régimen autoritario como en los demócratas. Puede habitar, en fin, en la conciencia de todos los ortodoxos al igual que de todos los heréticos, en religiones e ideologías. Puede decirse, en fin, que el bienestar intelectual va acompañado siempre de una dosis mayor o menor de maniqueísmo: se cree saber, a grandes rasgos, dónde está el bien, dónde el mal, y este sentimiento sustenta nuestro comportamiento al volverse arquitectura de nuestra sociedad.

La observación que entonces se impone, en primer lugar, es que toda una porción de la humanidad, que había depositado su fe en la ideología a menudo religiosa del materialismo dialéctico concebido a la vez como ciencia y como cosmovisión, toda esa gente ha perdido el bienestar. Generaciones enteras de millones de hombres han vivido en la certidumbre de ser portadores del progreso, si no es que de la salvación de todos los pueblos del planeta. Largo, muy largo tiempo, pese a los sacrificios impuestos —y a veces por causa misma de estos sacrificios—, estas generaciones dominadas por un aparato de iglesia, impregnadas de un dogma y nutridas de un catecismo, se han persuadido de ser la sal de la tierra, de crear un hombre nuevo y de marchar en el sentido de la Historia.

Tomemos el ejemplo de las élites del tercer mundo. Aunque no se hubiesen formado en Moscú, en Vietnam, en La Habana o —digámoslo— en París, habían situado los bienestares de sus esperanzas revolucionarias en la imitación de la Unión Soviética, en calcar su modelo. Para estos pueblos por tan largo tiempo excluidos de la historia, "ahistóricos" según el término cruel de Hegel, y siempre frustrados en cuanto a la comodidad elemental, para estos pueblos agredidos por la modernidad en sus tradiciones tribales, feudales o religiosas, el bienestar de certidumbres consistía en seguir el itinerario que va de la emancipación violenta a un estatismo burocrático. Todo ello bajo la guía de un proletariado o de un campesinado domado por un partido —y de un partido confiscado por

quienes conocen los secretos de la Historia. Tal como otros pretendían, bajo el cristianismo triunfante (o como otros pretenden hoy, bajo el Islam renaciente) conocer los secretos de Dios.

A menudo se insiste en la fascinación que el marxismo o la violencia llamada redentora han ejercido sobre los intelectuales. Y en los inconvenientes que siguieron a tal fascinación. Pero es cuando menos igual de importante observar el vacío en el cual desemboca el derrumbe del modelo soviético. Pues en él había, cosa esencial para los pueblos del tercer mundo, una vía de desarrollo que pretendía conducir a la capacidad de ingresar en la existencia histórica. Tanto más justificadas estaban en su proceder, cuanto que vincularon el Occidente democrático con el imperialismo opresor como colonialismo negador de su personalidad. Incluso para todos los latinoamericanos, siquiera en su inconsciente y en su memoria, la economía de mercado iba asociada al poder de las multinacionales yanquis, en tanto que las reformas agrarias se apuntaban al crédito de los comunistas.

Así, a despecho de todos los gulag, la Unión soviética conservaba en el tercer mundo virtudes incomparables: protegía la emancipación de los pueblos contra "el imperialismo" y era capaz de hacer respetar a sus aliados. Al fin y al cabo, en 1962 el mundo rozó la guerra nuclear porque se decía que Cuba estaba en peligro. Por otro lado, el tercer mundo árabe veía en el ejemplo soviético el camino hacia una modernidad igualitaria que podía hacer retroceder los fundamentalismos religiosos sin afectar lo esencial, sabiamente decantado, de la religión. Hoy todos los integristas empiezan por enjuiciar el materialismo ateo y anuncian su reino sobre los escombros del marxismo agonizante. Tal vez el máximo fracaso de la Unión Soviética se perciba en el hecho de que 40 años de comunismo, lejos de haber dañado el sentimiento religioso, en cierto modo lo revitalizaran. Entonces se pasó muy rápidamente de un bienestar intelectual a otro.

El Occidente no sabe qué hacer con su victoria. Las cuestiones suscitadas por el desplome del modelo soviético y la declinación del imperio que pretendía encarnar, para sí y para el mundo, son inseparables unas de otras. Se vio también, sin embargo, que las dos superpotencias y a veces los dos bandos habían acabado por acostumbrarse a una paz armada, con alternaciones de guerra fría y aflojamiento vigilante. De ahí la confusión, la inquietud y a veces el pesimismo con el que algunos estrategas, Henry Kissinger el primero, han acogido la victoria de la libertad en los vuelcos antitotalitarios. *Nada es peor que lo imprevisible para los hombres del poder.* El mal soviético estaba deslindado, circunscrito, era previsible. Se sabía a qué atenerse. Se sabía cómo defenderse, se creía tener la seguridad. Hoy ya ni se sabe dónde está el mal. En una palabra, se veía más claro cuando el imperio soviético era sólido y cerrado, que no ahora, cuando se agrieta hasta dar señales de ruina. Puede afinarse el fenómeno de la pérdida del bienestar intelectual observando que éste siempre es alimentado por la capacidad de prever, por la previsibilidad. Todo lo que se ha desplegado ante nuestros ojos era imprevisible, nadie lo previó, nadie puede jactarse de haberlo anunciado. La evolución de Chile hacia la democracia, la visita de Sadat a Jerusalén, el apretón de manos entre Nixon y Mao Tse-tung, la guerra del golfo, el drama yugoslavo —nada había sido previsto.

En cuanto a la implosión del sistema soviético, ninguna prospectiva, ningún cálculo de probabilidades, ninguna especulación acerca del porvenir había programado semejantes ebulliciones en la cima del Kremlin, ni semejante pasividad en la base de los pueblos. Se vivía en un itinerario acotado por represiones que restablecían el orden staliniano cuanto vez parecía amenazado. Las revueltas obreras de Berlín en 1951, Budapest en 1956, Praga en 1968; el estado de sitio en Polonia en 1981; el Occidente derramando lágrimas —sinceras, por lo demás, pero imponiéndose un prudente inmovilismo. Esta prudencia, además, le convenía. A pesar de las crisis provocadas por paréntesis de guerra fría, cierta paz era respetada, protegida como estaba por una especie de complicidad norteamericano-soviética donde cada quién sabía bien incluso por dónde no debía ir demasiado lejos.

Detrás del desconcierto de los diplomáticos y de los estrategas está evidentemente el de toda una clase intelectual, próxima muchas veces al poder en cada país occidental, próxima a los centros de decisión. Esta clase intelectual comprendía en sus filas gran número de viejos comunistas que creían poder extraer de sus iniciales extravíos enseñanzas dogmáticas. En vista de que se habían equivocado, y trágicamente, en lugar de dudar de sí mismos se sentían en la mejor posición para tener razón. No tenían conciencia de que, al defender un tesis como al defender la opuesta, permanecían fascinados por el poder soviético, que diabolizaban después de haberlo idolatrado. Para ellos, el imperio soviético era compacto, coherente, inmóvil, incommovible. Algunos disidentes (como Zinoviev), que se oponían a Soljenitsyn, llevaban agua a su molino. Era la época en que se proclamaba que una dictadura de derecha, como en América Latina, podía muy bien ser derribada, pero jamás una dictadura de izquierda. Era la época en que se veía la democracia en las últimas, a la defensiva, culpable, presa de la tentación totalitaria, derramando su lloro sobre una Europa difunta que reclamaba que le escribieran alegatos. Era, en fin, la época en la cual se daba por seguro que el espíritu muniqués, el contagio del pensamiento marxista, el gusto del pacifismo y las desventajas del capitalismo le permitirían a la Unión Soviética ganar la guerra sin hacerla, sencillamente porque el espíritu de la resistencia había abandonado los campos de la libertad. Convenía pues convertirse en profeta del apocalipsis para salvar a la humanidad, si todavía fuera tiempo. La democracia es un lujo —se escribía. Llegó hace poco a la historia de la humanidad y desaparecerá en la nada de la cual un azar la hizo salir —un poco según está descrito, para el hombre, al final del célebre libro de Michel Foucault *Las palabras y las cosas*: "Bien puede entonces apostarse que el hombre se borraría como en el límite del mar un rostro de arena." Se dijera que la democracia, igual que el hombre, fuese lo que perece.

El fenómeno sin precedente, en lo insólito tanto como en lo gigantesco, es que los dirigentes del sistema soviético, o sea los herederos de las generaciones de conservadores de este mismo sistema, declararan un buen día: "Pues bien, el mejor sistema es el de enfrente."

En cierto sentido, es más importante que 1917. El fin de la ideología no implica el fin de la historia (victoria del liberalismo encarnado en el poderío hegemónico norteamericano). Puede temerse, como hacen otros, que seamos

devueltos hacia el siglo XIX, es decir hacia la explosión de los nacionalismos en la época en que se hablaba del polvorín de los Balcanes, de la cuestión de Oriente y del peligro amarillo. Puede verse, según la expresión de Régis Debray, cada vez que retrocede un poder federador, cede el lugar a un poder religioso tribal. Y es cierto que por un efecto de eso que los psicoanalistas llaman "retorno de lo reprimido", se asiste a la proliferación de las microetnias y de las afirmaciones minoritarias. Todo esto se sostiene y, en plan de intelectual nostálgico, puede echarse de menos el carácter épico y colorido del enfrentamiento de ideas.

Todas estas hipótesis pueden ser sostenidas. Sin embargo, si todas contienen en efecto una parte de verdad, escondan lo que forma lo esencial de la modernidad. Ya no estamos, simplemente, en el siglo XIX, en primer lugar porque hemos cambiado de revolución industrial. Estamos apenas al comienzo de la revolución informática, y en pleno centro de la implosión financiera. La concentración de los poderes de la informática está en trance de dar a luz monstruos gigantes, al lado de los cuales las antiguas multinacionales harán papel de enanos. La guerra contra estos monstruos será más determinante que la explosión de los nacionalismos. Lo que he denominado, echando mano de la expresión de algunos expertos, la implosión financiera, caracteriza el hecho de que en los mercados occidentales la especulación se haya impuesto a la producción de manera vertiginosa, es decir que las finanzas se alejan más y más de la economía y que el dinero pierde más y más la referencia que pasa por traducir, a saber: los bienes de producción. Es en gran medida lo que explica las crisis. Puede decirse al respecto que está naciendo ante nuestros ojos una ideología inicial, sin que se ocurra etiquetarla, bautizarla o teorizarla, es decir otorgarle un plan. Lo que tienen en común las indagaciones en los laboratorios de la economía y la estrategia es el descubrimiento de un orden mundial. Esta necesidad ya no es ocultada por las exigencias de los antagonismos entre este y oeste. Ya no es cuestión de salvar una civilización o una idea, se trata de salvar al mundo entero.

Pues nos hemos vuelto ciudadanos del mundo. Es una ruptura. Es seria, incluso para quienes no se dan cuenta y que todavía son muy numerosos, según las gesticulaciones tribales que se ven, despertando conflictos por todo el planeta. Con todo, nuestra época es por completo incomprensible si no se toma en cuenta esta ruptura que por lo demás podría muy bien explicar, por los pánicos que provoca, las gesticulaciones que contemplamos.

Somos ciudadanos del mundo, en primer lugar, porque hemos dejado de tomarnos por el centro del universo. Viajando por el espacio, desde los demás planetas, hemos contemplado el nuestro con enternecimiento y desencanto. Hemos sabido que el universo actual tendría unos quince mil millones de años. Hubo que esperar diez y medio para que nacieran el sol y su sistema planetario, once para que el "caldo primigenio" generase la primera célula viviente. En cuanto a nuestro antepasado, el primer hombre, *Homo sapiens*, sólo apareció hace doscientos mil años. Somos los minúsculos ciudadanos de la tierra minúscula que llamamos nuestro mundo. Esto nos quita importancia, pero nos liga a nuestro planeta, lo cual debiera hacernos relativizar nuestros clanes y nuestros refugios.

Somos ciudadanos del mundo, también y sobre todo, por razones evidentes que atañen a la comunicación. Lo audiovisual, la informática y el fax —que es ciertamente la invención más prodigiosa y perturbadora de la tecnología— han penetrado nuestras sociedades, influido sobre nuestras costumbres y conformado hasta nuestro comportamiento individual cotidiano. Es un fenómeno considerable, inmenso, cuyas recaídas están aún lejos de haber sido medidas —ni de ser medibles.

Entre estas recaídas, conformémonos con señalar, para empezar, el hecho de que, por vez primera, la frase de Menandro: "Nada humano me es ajeno", en lugar de ser un deseo o una moral, se torna una verificación de hecho. Cada quién se ha tornado vecino o prójimo de lo más alejado sobre este mundo, no sólo por poder ir a visitarlo sino sobre todo, esencialmente, porque cada quién, quedándose en casa, puede informarse de lo que sucede en las comarcas más lejanas. Es el sentimiento de la distancia el que está desapareciendo. Es el sentimiento de la interdependencia el que está naciendo.

Ya hablaré de los rebotes, a menudo negativos y devastadores, de semejantes recaídas, y de las consecuencias de la aparición y desaparición de estos sentimientos. Pero, en el inventario de las rupturas, la suma en torno al hombre de este final del siglo XX debe incluir las nuevas capacidades, que pueden llamarse prometeicas, *del género humano*. El hombre siempre ha sido capaz de matar al vecino; con recursos nucleares está en condiciones de destruir su especie y contribuir a hacer de la presencia humana en el planeta un accidente. Millones de especies animales y vegetales han desaparecido. Sabemos que esto puede muy bien ocurrirle al hombre. El hombre estaba en condiciones de conformar la naturaleza en provecho suyo: entregado a sí mismo está en condiciones de destruir el ambiente ecológico que permitió la aparición de la vida. Es decir, no sólo puede destruir su especie sino todas las especies. El hombre, por último, conseguía triunfar sobre las enfermedades. Con la genética está hoy en condiciones de impedir que lleguen a la existencia seres destinados a ser enfermos o bien, de acuerdo con criterios arbitrarios, destinados a ser débiles o inútiles.

Estas tres observaciones acerca de las rupturas podrían parecer suficientes para provocar todos los vértigos y todas las interrogaciones. Aun así, hay que añadir otra, que, como todas las demás o casi, es fruto del progreso tecnológico y de las aventuras de la inteligencia: los hombres nunca han abundado tanto en nuestro planeta, *el crecimiento demográfico ya no conoce límites y los moradores de la tierra jamás han sido tan desiguales*. En tiempos de Cristo, la población era de 252 millones, de 253 en el año 1 000, de 400 en 1 200, de 680 millones en 1 700 y 954 en 1 800; en 1 900 se alcanzaron 1 634 millones, 2 530 millones en 1 950, 36 37 millones en 1 970. Hoy somos 5 400 millones; en el año 2 000 seremos 6 400 millones; en 2 010 nos acercaremos a los 10 mil millones.

Son estas consideraciones las que definen nuestra nueva condición de ciudadanos del mundo, porque sitúan los problemas existenciales que dictan soluciones no individuales, no nacionales, no continentales, sino *mundialistas*. Como dice mi amigo Edgar Morin, ya no hay que hablar de nuestra madre patria pensando en la supervivencia de nuestra etnia, sino de nuestra tierra patria sin apartar la mirada de la supervivencia de nuestra condición.

Esta mundialización de todos los conceptos transforma los objetivos, los medios y los itinerarios. Preocupa más salvarnos todos juntos que debilitar al rival o al enemigo. De ahí la nueva atención que merecen los proyectos ecológicos de todo género, tratése de la lucha contra la droga, de la protección de los bosques, de poner a resguardo la Antártida o de combinar trabajos de investigación médica efectuados en todos los países.

Esta mundialización tiene dos consecuencias manifiestas. La primera es favorecer la construcción de grandes conjuntos. Es lo que pasa con Europa y con el intento de crear un mercado común entre Canadá, Estados Unidos y México. La participación de cada país miembro implica que renuncia libremente a una parte de su soberanía para eliminar conflictos inútiles y arcaicos y para contribuir con vigor al orden mundial anhelado. Podría ser que el aspecto más dinámico de la motivación de quienes construyen tal conjunto —Europa por ejemplo— fuese, en el origen, el evitar la dependencia y la sugestión con respecto a otras potencias. Pero los objetivos se transforman rápidamente en el sentido de un resabamiento universal.

La segunda consecuencia de la mundialización es el descubrimiento, por los liberales, antiguos y nuevos, de la necesidad de reglamentación. Dicho de otra manera, el advenimiento de la libertad no puede rematar en el triunfo del liberalismo sin freno ni leyes. Muy al contrario, incluso, en el concepto de mundialización. Tratése de la informática, de la especulación financiera, de los trastornos ecológicos, de la demografía o de la disparidad entre países ricos y pobres, la perspectiva de un orden mundial implica el tener presente de nuevo esta reglamentación, cuyas monstruosas caricaturas sólo habían presentado sus facies de opresión y enajenación en el marxismo-leninismo, así como en todos los fascismos.

Se ha dicho que la historia del capitalismo era en cierto modo la historia de dichas reglamentaciones. Puede decirse de la misma manera que la tentativa de la socialdemocracia es la amoralización del capitalismo, una especie de adaptación económica del espíritu puritano y protestante que editó las reglas en la misma época del auge del capitalismo. ¿Se recuperará con el concepto de mundialización una especie de nueva ideología socialdemócrata en un sentido muy vasto y flexible del término? Se trata de una discusión escolástica, de una preocupación semántica y de una anticipación prematura.

Lo que hay de seguro es que las ideologías, las que funcionaron a menudo como religiones, han perdido su dimensión, digamos, trascendental. Ya no se asignan la misión de cambiar el hombre, la sociedad o el mundo. Podrían decir "hagamos tabla rasa del porvenir". Les preocupa más comprender las transformaciones de la historia que modificarla. Integran y acabarán por sacralizar la libertad individual y la reglamentación colectiva. Ya no tienen ciega confianza en el Progreso. Como decía Albert Camus: "incitan a cada quién a desempeñar su duro oficio de hombre en un universo cuyo sentido no es perceptible." *Pero repetamos de nuevo que la implosión del comunismo no ha resuelto ninguno de los problemas que provocaron el comunismo*. Ha añadido problemas nuevos a los que el comunismo segregaba o disimulaba. El término de la guerra fría ha puesto de manifiesto el grado de los desastres demográficos, ecológicos, epidemiológicos y

demás, desarrollados independientemente del imperio comunista. Durante la guerra fría llegaba a decirse: "antes muerto que rojo". Hoy, despojados del sentido que podría tener una muerte planetaria, se dice que hay que movilizar cinco mil y medio millones de habitantes para sobrevivir. Dicho de otra manera, el comunismo ha muerto: el mundialismo ha nacido. Sin dejar de velar porque nada nos aparte del mundialismo.

Ahora —y esta vez contra Edgar Morin—, pienso que lo que nos puede desviar del pensamiento mundialista es el propio mundialismo. Mi tesis es, en efecto, que la desaparición de los imperios, es decir del aglutinante federador o imperial, el fin de las ideologías unificadoras, la supresión de las distancias, pero también la inmensa presión de quienes nada tienen para llamar a la puerta o franquear el umbral de quienes poseen algo —todo conduce a una aceleración cosmopolitista, la babelización de las lenguas, la yuxtaposición de las culturas y la agresión de la civilización urbana. Es este empuje demasiado veloz hacia una ciudadanía del mundo el que provoca vértigo, desequilibra y refuerza el repliegue hacia la comunidad. Es el mundialismo el que suscita el individualismo aquí y el tribalismo allá. Lejos de ser, a mi modo de ver, la única resurgencia o resurrección del siglo XIX, los nuevos nacionalismos constituyen una de las etapas convulsivas del mundialismo. No somos víctimas sino de una increíble aceleración de la historia. Los dos primeros tercios del siglo XX nos abrumaron con ese fenómeno de acumulación catastrófica, bien descrito por Levinas. El fin del siglo XX nos

agarra del cuello, en virtud de la *aceleración*. Todavía no hemos digerido las catástrofes que hacen que nos convirtamos a la unidad del planeta.

Nos dirigimos sin brújula y sin estrellas hacia un porvenir mundialista, pero avanzamos entre las más tumultuosas convulsiones. Vamos hacia la unidad pero con una historia, tradiciones, culturas, religiones y lenguas diferentes, a veces contradictorias y antagonistas, sin posibilidad de deslindar el mensaje universal de estas diferencias.

Tanto miedo tenemos de no hallar nada en la ciudadanía del mundo, que nos aferramos a nuestras singularidades y nuestros recuerdos. Son las que se llaman *crispaciones identitarias*, porque, para ser nosotros mismos, tenemos necesidad de separarnos de los demás. Alguien ha dicho que si Moisés en el Decálogo y Jesús en su sermón de la montaña nos exhortaron a amar al prójimo como a nosotros mismos, fue precisamente porque el prójimo era lo más difícil de amar, en tanto no descubriéramos que no somos otra cosa que nuestros vecinos. Creemos descubrir que lo más irreductible que hay en el hombre no es su ideología, ni aun su libertad, sino su tradición y su nación. Como decían casi con la misma voz Sigmund Freud y Paul Valéry: "Vemos, por cierto, el mundo que acaba, pero nada sabemos del mundo que comienza." De ahí que yo piense que este siglo XX habrá sido, en todos los dominios de la ciencia y la tecnología, un siglo prodigiosamente prometeico, pero que este Prometeo está condenado a la humildad en sus ambiciones y a la solidaridad entre todos los hombres. ♣

